

CRONICA ECONOMICA

DIEZ AÑOS

Por los días en que estas páginas se redactan se cumple el décimo aniversario del Alzamiento Nacional. ¡Dieciocho de Julio de 1936! Desde aquel día hasta hoy, una etapa política homogénea ha perdurado, y perdura firmemente, en las páginas de nuestra Historia patria. Ya sin más, el simple transcurrir de ese tiempo —diez años— hace de esta duración un fenómeno de magnitud indudable en el orden político. No así, en el económico. Pero, por Dios, no se atribuya este juicio a vanidad más o menos inconsciente de especialista, o profesional con título y auténtica, en estas arenas movedizas del pensamiento económico. Ni mucho menos a que se pretenda valorar el orden de lo económico, con materialismo más o menos marxista, al igual o por encima del orden político. A quien pretendiera sostener esta última opinión las páginas de la Historia recentísima de España bien claramente le muestran la verdad de lo contrario.

Aquellas vaciedades sanchopancescas del “menos política y más administración” no es posible creer que ejerzan influencia alguna sobre los españoles de hoy. Más aún, de tantas y tantas cosas como deben de estar de vuelta los hombres de hoy, actores y espectadores de este decenio, no debe de ser una de las menores, de aquel empequeñecimiento de lo político a que grises y aburridos doctrinarios pretendieron reducir la vida pública. “Transformar el gobierno de los hombres en la administración de las cosas.” Esto podría ser una aspiración del siglo pasado; de los ingenuos socialistas franceses del cuarenta y ocho. Hoy no puede creerse que, ni en el mundo del pensa-

miento ni en el de la acción política, semejante fórmula nueva a la adhesión de nadie. Por el contrario, la prioridad de lo político ha quedado de nuevo afirmada en España y en el Mundo con rasgos indelebles. Y no hay, ni puede haber, Economía sin Política.

Y, sin embargo, nada de esto, con ser tan verdad, nos mueve a rectificar nuestro juicio anterior. Poderosa magnitud la de este decenio y este régimen en el orden político; no así en el económico. No lo es; no lo ha sido; pero es porque posiblemente no pudo serlo. A razonar y justificar esta aparente paradoja va encaminada la presente crónica.

No ha podido España, tras sus tres años de guerra civil y los seis de guerra extranjera, librada al alcance de sus fronteras, reconstruir su vida material y su economía en la medida que se hubiera deseado. Una única riqueza —cierto que la mejor de todas— es la que acusa claro incremento y constante pujanza a lo largo de este decenio: el factor más acusado de la potencia económica, la población. Los hombres y mujeres que habitan la tierra española van en continuo aumento. Somos hoy los españoles casi dos millones más de los que éramos en 1936, y esto a pesar de la ingente sangría que la guerra civil significó y de las pérdidas que, en número y calidad, trajo sobre España (1). Bastaban ella para crear un tremendo problema demográfico. La reciedumbre moral del pueblo español ha sabido evitarlo y la conservación del nivel de natalidad anterior a la guerra, junto con el descenso de la mortalidad, hasta llegar a límites jamás superados en nuestra historia, ha asegurado a nuestro país un incremento anual del orden de los doscientos cincuenta mil individuos, y el que la población actual de España rebasa ya abundantemente los veintisiete millones de habitantes.

Los sangrientos huecos de la guerra han sido bien pronto reemplazados por el fluir de nuevas generaciones que se dan a la vida y al trabajo como sus antecesores al esfuerzo bélico.

(1) El libro de Villar Salinas sobre *Las repercusiones demográficas de la guerra civil*, premiado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, contiene datos interesantísimos sobre estos extremos.

“Nunca de hombres de pro
fuera Castilla vacía”

La primera riqueza —el factor humano— ha sido bien pronto renovada y aumentada. Pero la potencia económica requiere, junto a los hombres y su trabajo, recursos en que emplearse y bienes que transformar. Y aquí sí que el nivel de otros tiempos no ha logrado ser rebasado. Ni el volumen físico de nuestra producción anual (apreciado como un todo), ni su estimación monetaria en unidades de valor estable, ha logrado mejorar la época prebélica, la cual a su vez, sin grandes méritos renovadores, se limitó a recibir y no malgastar la espléndida herencia de aquellos años fructíferos que en el orden económico significó la etapa de gobierno del general Primo de Rivera.

Basta utilizar en abono de lo antes expuesto la medida más significativa del total desarrollo económico de un país o una economía nacional: su Renta nacional anual. O para eliminar toda alteración o manipulación monetaria que velara la nitidez del proceso económico, tal como éste se ha desarrollado en el último decenio, el volumen de la producción total estimado en números índices.

Según el Consejo de Economía Nacional, los índices de la producción total española han sido en los últimos tiempos los siguientes:

AÑOS	Número-índice.
1929.....	100
1935.....	100,3
1939.....	73,5
1940.....	83,2
1941.....	85,2
1942.....	80,3
1943.....	88,6
1944.....	93,2
1945.....	¿ ?

La recuperación de la economía española, innegable en comparación del año 1939, no había llegado todavía, en 1944, al nivel de 1935, sino que era aún casi un diez por ciento inferior. Y si del pasado ejercicio de 1945 aun no se tienen resultados

completos susceptibles de tratamiento estadístico, con toda seguridad puede afirmarse que ese año ha de marcar un fuerte retroceso sobre los anteriores.

En síntesis: España, con más bocas que alimentar, es hoy —en cierto sentido— más pobre, pues su trabajo la proporciona menos bienes y recursos, que en 1935. Este hecho, que los propios organismos oficiales pregonan y difunden, no necesita ser acogido con aspavientos farisaicos de denegación, ni mucho menos como resultado decisivo y concluyente de una política. Difícilmente podían ser otros los resultados, al no haber concurrido en favor de España circunstancias extraordinariamente favorables, únicas que podían contrapesar las consecuencias de la postguerra, que, naturalmente, no se dieron.

Y si de las cifras del volumen de producción se pasa a la medida en unidades monetarias del valor aproximado de la Renta nacional, expresado en las pesetas de cada año, o en pesetas con un poder de compra estable (por ejemplo, el del año 1929), la estimación en este segundo caso de la renta real viene a dar una serie perfectamente coherente con la anterior:

AÑOS	Renta en millones de pesetas de cada año.	Renta en millones de pesetas de poder de compra igual al de 1929.
1929.....	25.213	25.213
1939.....	26.726	18.532
1940.....	36.130	20.977
1941.....	43.745	21.481
1942.....	50.401	22.515
1943.....	55.706	22.339
1944.....	63.133	23.499
1945.....	¿ ?	¿ ?

La renta, estimada en dinero de cada año, ha crecido hasta el punto de ser más del doble en 1944 que en 1929, pero la renta real sigue siendo menor. O sea, que se han expandido los precios y se ha envilecido el dinero; pero, en cambio, el volumen de la producción, de los bienes tangibles y efectivos es menor al de los otros años, y esto es un síntoma bien claro de algo que sería pueril negar. ¿A qué es debido todo esto?

Un proceso de reconstrucción como el que España había de iniciar forzosamente en 1939 para recobrar su anterior ni-

vel económico constituía un problema análogo al de los países europeos al final de la primera guerra mundial; muy distinto del de las economías nacionales, hundidas por la crisis económica de 1929.

Los efectos de la primera guerra mundial no cesaron en Europa sensiblemente hasta 1922, o sea que las más potentes economías tardaron en extinguir los efectos perniciosos de la guerra casi cuatro años. Y esto con indemnizaciones por parte de los vencidos, con empréstitos exteriores, con modernísimas técnicas de gran productividad, etc.

No se podía, pues, esperar que, a menos de una ingente ayuda exterior, la recuperación española y su recobro del nivel económico anterior a 1936 fuera tarea de unos pocos meses. El situar esta empresa en los mismos márgenes de tiempo que la reconstrucción francesa, la belga o la italiana era ya empresa difícil y hazañosa.

Pero, además, con una sensible diferencia en contra nuestra. España no ha tenido en 1939 ni en los años posteriores recursos extranjeros a su disposición en la medida que los tuvieron o pudieron tenerlos los países europeos, vencedores en 1918. La reconstrucción española, al no poder inyectar en nuestra economía los recursos que un empréstito extranjero a largo plazo nos hubiera permitido adquirir inmediatamente, para devolverlos tan sólo al cabo de algunos lustros, tenía que ser forzosamente lenta. Mucho más de lo que entonces podía imaginarse.

Y aquí es donde la diferencia entre nuestra situación y la de los países aquejados en otro tiempo por la crisis mundial era más notoria. España, en 1939, padecía de una escasez extraordinaria de recursos económicos; de capitales reales. Faltaban alimentos vegetales y animales; faltaban y faltan abonos y aperos agrícolas con que poder obtenerlos; falta de carbón, de lubricantes, de productos petrolíferos. Falta de productos siderúrgicos; un sistema de transportes gravemente averiado por la guerra; sin apenas materias primas básicas para la industria; sin algodón, sin cemento, etc.

Los empréstitos levantados en el propio país o la creación artificial de medios de pago no podían servir para nada frente

a esta escasez. Si acaso para exacerbar la demanda de los contados productos existentes y alterar todo el sistema de precios.

En cambio, los países de gran capitalismo, como Estados Unidos o Alemania, que en 1932 se encontraban sumidos en una fuerte crisis, veían descoyuntado todo su sistema de cambios y sus precios hundidos, pero contaban con ingentes recursos económicos, con millones de hombres para transformarlos y con una técnica avanzada para realizar esto en condiciones óptimas. Mediante créditos interiores —caso alemán— o la creación de dinero —caso norteamericano—, al elevar los precios se facilitaba el arranque inicial de unas economías que sólo necesitaban de un impulso que transformara en rentables, actividades que, momentáneamente, no lo habían sido. Paradojas éstas de la economía capitalista, que produce para el mercado y no para el consumo.

LA RECONSTRUCCIÓN ESPAÑOLA

Sin empréstito exterior, y cerrado el camino, por tanto, a toda aportación extranjera, la recuperación económica de España (siempre es conveniente insistir en esto) había de ser forzosamente lenta. Tan sólo un bárbaro sistema de trabajo semi-forzoso, de fortísima capitalización estatal, de reducción al mínimo indispensable el consumo (una vulgar copia, en fin, de los métodos soviéticos), hubiera permitido quizás acelerar algo este proceso. Con todo, hubiera constituido una sarcástica ironía el que los métodos comunistas, vencidos y ahuyentados en la guerra, hubieran triunfado subrepticamente en la paz, mediante una política económica de tono asiático. Por toda suerte de razones, morales, cristianas, políticas, simplemente humanas, estos métodos fueron, como no podía ser menos, rechazados también.

La reconstrucción española se realizaría mediante un tercer procedimiento —una vía media—, en que, sin ayuda exterior y sin someter al país a un régimen de vida infrahumano, se aprovecharían del mejor modo posible los escasos recursos existentes.

Esta política, contra la cual se han acumulado tantas crí-

ticas un tanto simplistas, principalmente extramuros, no parecía aspirar, en razón de su original planteamiento, ni a éxitos brillantes ni, sobre todo, a triunfos inmediatos. Por otra parte, el estallido y la considerable duración de la segunda guerra mundial habían de dificultar aún más los discretos éxitos que de la política así decidida podían esperarse.

Nuestras exportaciones, necesariamente reducidas, habrían de ser en lo sucesivo el único medio con el que avituallarnos en el exterior de aquellos recursos —materias primas, maquinaria, etc.— absolutamente imprescindibles para nuestra reconstrucción. Pero el comercio internacional en estos últimos seis años ha sido ordenado y conducido por las potencias beligerantes en función de razones políticas vitales —la necesidad de ganar la guerra— al margen de consideraciones económicas. Nuestro aprovisionamiento fuera de nuestras fronteras, constantemente sometido a la caprichosa decisión de los gobernantes de uno y otro bando, empleados en la tarea de ganar la guerra, ha debido pasar por etapas angustiosas. Por otra parte, la lentitud de nuestra recuperación agrícola nos ha privado, casi permanentemente, de toda posibilidad de acrecentar nuestras exportaciones y conseguir, a cambio de éstas, los recursos necesarios para la aceleración del proceso de reconstrucción.

Que con todas estas dificultades se haya logrado algo positivo, es más que suficiente. Que en algunos sectores de nuestra economía se hayan realizado progresos apreciables, parece sencillamente milagroso. Y, sin embargo, esto es lo que ha sucedido.

Contrasta agradablemente con la lentitud en la recuperación agrícola, los éxitos logrados en algunos sectores de la producción industrial, en los que España lleva camino de superar destacadamente las etapas más brillantes de su evolución económica. En especial, la producción de dos elementos básicos para el progreso industrial, como son el carbón y la energía eléctrica, parece encontrarse en trance de considerable y definitiva mejoría. La producción de carbones (antracita, hulla y lignitos) superó en 1944 los once millones y medio de toneladas métricas, o sea cuatro millones más que en el año base de 1929. Si sus efectos sobre el desarrollo industrial no

son aún todo lo beneficiosos que debieran, es forzoso tener en cuenta que estamos privados por completo de los carbones ingleses que antes se importaban y que nuestra producción ha tenido que soportar consumos extraordinarios (centrales térmicas de producción de energía eléctrica, etc.).

La industria de producción de energía eléctrica ha logrado ya distribuir en España casi tres mil quinientos millones de kilowatios-hora, o sea un aumento del sesenta por ciento sobre las cifras de 1929 y del treinta y cinco por ciento sobre las de 1935. Además, estadísticas de carácter privado, recientemente difundidas (1), dan a entender que las instalaciones hidroeléctricas españolas contarán en 1950 con una potencia aproximadamente el doble de la utilizada en 1939, con lo que el problema de armonizar la producción y el consumo de energía eléctrica quedará prácticamente resuelto.

Estas cifras, que muestran los aspectos más halagüeños del cuadro económico español, no pueden hacer olvidar la tonalidad más bien gris del conjunto. Resta aún mucho por hacer. Y en este aspecto uno de los matices más inquietantes reside en la lentitud de la recuperación agrícola, la cual sólo al influjo de circunstancias climatológicas extraordinariamente favorables logra remontar una tendencia a la estabilidad en un nivel de producción muy por bajo del de 1935. Ciertamente que una adecuada política agraria y de precios puede hacer surgir los incentivos necesarios para que el empresariado agrícola fomente la producción hasta el límite de lo posible; con todo, resultados un poco rápidos no podrán lograrse si no se vuelve a plantear nuevamente la elección de una política económica general que quizá los acontecimientos nos dieron resuelta en 1939 al privarnos de toda posibilidad de elección, pero que hoy podría resucitar con mejores perspectivas. El crédito agrícola podrá contribuir al más fácil desplazamiento y colocación de los productos en el mercado; podrá aliviar la situación de tesorería de los agricultores; incluso permitirá mejoras económicas —capitalizaciones— de algún interés, en especial en las comarcas de agricultura exportadora, de ren-

(1) Véase: Unidad eléctrica, S. A., *La producción eléctrica y las nuevas construcciones*. Madrid, 1946.

tas diferenciales muy acusadas. Pero cambios y mejoras acusadas de estructura es muy de temer que con crédito interior, con pesetas a medio y aun a largo plazo, poco pueda hacerse.

La aportación de capitales reales a la Economía española, posiblemente hoy, como en 1939, sólo puede hacerse con rapidez desde el extranjero. Y en este aspecto el ejemplo que ofrecen en la actualidad economías harto más completas y ricas que la española, como, por ejemplo, Inglaterra, parece ser bastante convincente. Si por cualquier clase de motivos esto hoy tampoco es factible, si hay que renunciar a la aportación de bienes reales —equipo de medios de producción— del exterior, entonces el problema se seguirá planteando como al final de nuestra guerra. Sólo será posible una vía media, de buen sentido, de mesura, en la que no cabe esperar éxitos repentinos ni mejoras considerables, o una brutal política de reconstrucción a lo ruso, en que sobre el hambre y la miseria de la generación presente se intente edificar una monstruosa economía estatal para el futuro.

En cambio, el pretender que la reconstrucción se haga a base de los escasos recursos disponibles, multiplicando el número de los posibles adquirentes de los mismos, nos parece que sería repetir el ejemplo de las caperuzas del sastre, con tanta cordura juzgado por Sancho Panza. Una política social que aliente a la propensión al consumo; una creación incesante de dinero que exaspere la demanda; unos presupuestos extraordinarios que faciliten a las economías estatales la adquisición de recursos imprescindibles a las economías privadas; todo esto sólo pueden producir de momento una distorsión de precios, para la que no hay tasa, ni traba, ni control, ni multa, susceptibles de evitarlo. La escasez de bienes de producción, de capitales reales, no puede corregirse con simples recursos monetarios.

Este problema, que era el de España en 1939, que es el del mundo de la postguerra, no parece pueda ser mejorado de modo inmediato, y de aquí el que este decenio de la vida económica española no pueda someterse a justa y parangón con nuestra sorprendente estabilidad política. No hemos tenido, tal vez, posibilidad de elección, y por eso no se ha podido quizás hacer en este orden de cosas más de lo que se ha hecho.

Toda alabanza es poca para la política que en estos años nos

ha librado a los españoles de tanto y tanto daño emergente. Con todo, es muy posible que esa misma política económica sea responsable del no logro de algún que otro lucro cesante. Y que en estos escolasticismos no se vea sino franca y resuelta admiración por esos españoles de angelical buena fe que en orden a nuestra mejora material aspiran a todo y además al momento, sin pensar en que, en economía, al aspirar a algo, es necesario renunciar a algo también, y en que la escasez de medios ante la pluralidad de propósitos constituye el primero, por no decir el único, problema económico.

MARIANO SEBASTIÁN.